

#10

MARÍA ÁLVAREZ

NUESTRA MISIÓN

Prosas de una mujer insurgente

EDITORIAL ELEUTERIO
PROPAGANDA Y CULTURA ÁCRATA

ÍNDICE

<i>Nota editorial</i>	3
Consideraciones	5
De cultura	8
De la vida	11
El individuo	14
El pueblo	16
Apasionamiento femenino	19
El voto femenino	22
La mujer y la política	25
La propaganda dentro del pueblo	28
Nuestra misión	31
<i>María Álvarez.</i>	35
<i>Una mujer insurgente en América</i>	
HERMINIA BRUMANA	

Diseñado por
Artes Gráficas Cosmos

EDITORIAL ELEUTERIO
contacto: eleuterio@grupogomezrojas.org
web: <http://eleuterio.grupogomezrojas.org>
Santiago - Chile
Diciembre de 2018



Es libre la reproducción para fines no comerciales,
desde que esta nota sea incluida y la obra sea citada.

NOTA EDITORIAL

“María Álvarez era un espíritu único en el mundo de las ideas y la militancia anarquista. Mujer joven, pues apenas contaba veinte y un años de edad, su insurgencia no era un pasatiempo, sino un constante renuevo de sí misma, una compenetración vasta y honda de su vivir revolucionario, una dedicación férvida a la vida mental. Nunca alumbró América vida femenina más alta, y era como la sabia Carolina Muzilli, como la Raquel Camaña, como la Gabriela Mistral, una vida forjada en humildad, acunada en el hogar pobre, y conoció la dura existencia del proletariado. Por eso, María Álvarez, si no fue un alto poeta como la Mistral y una militante como la Muzilli, fue en cambio, una obstinada veta mental dedicada en donar luz y lecciones sabias a los humildes, a las madres, a los obreros, entrando en los múltiples y vastos problemas de su mundo nuevo”.

Estas fueron las palabras que dedicaron a María Álvarez (1905-1925) en el periódico anarquista *La Antorcha*¹ una vez enterados de su fallecimiento. Fue Mario Anderson Pacheco, integrante de *La Antorcha* que se encontraba en gira de propaganda en Uruguay, quien envió una carta a Buenos Aires con la noticia: “La carta fue leída una y mil veces, y la certeza, la certeza de lo irreparable que dona la calma, no llegaba a nosotros”, escriben los editores en la misma nota. Ante el dolor de una prematura muerte, se coordinó reunir sus escritos. Tres números después, anuncian *cómo haremos el libro de María Álvarez*, “libro de militancia e insurgencia idealista”, “libro pleno de belleza, de emoción y de ideal”, “páginas de militancia, de cultura, de educación, sobre la mujer y el niño, sobre el obrero y el revolucionario, páginas bellas, nutridas, fuertes y duraderas”². La obra será prologada por Eugenio Almada e ilustrada por Lluçh.

1. “María Álvarez”. *La Antorcha*, año V, n° 157 (Buenos Aires), 24 de abril de 1925.

2. “Cómo haremos el libro de María Álvarez”. *La Antorcha*, año V, n° 160 (Buenos Aires), 15 de mayo de 1925.

En abril de 1926, se anuncia que el libro está por salir: “constará de unas 150 páginas, en buen papel, esmeradamente presentado y con una hermosa portada en tricromía al linoleum”. Junto al anuncio, se incluye la nota de Eugenio Almada y un escrito inédito: “Cerca del corazón”³. En dicha nota, el autor recuerda a María Álvarez: “Vivió poco, y comprendió mucho. Era una gran intuitiva. Tuvo esa cualidad propia de los grandes. Era silenciosa, reconcentrada. Pero el silencio en tales casos, indica el conocimiento de sí mismo y el desdén por la bullanguería y por las glorias y nombradías fáciles. Es algo tan extraordinario como los grandes gestos, como los hechos gigantescos y admirables. Ambas cosas están más allá del alcance de los medios menguados y estériles de las mayorías”⁴.

Sin embargo, no existen noticias de este libro, y su recuerdo en los medios ácratas fue disipándose. Excepción es que en 1972, el historiador Vladimiro Muñoz recopiló treinta artículos publicados en *El Hombre y Ahora*, medios uruguayos donde María Álvarez colaboró activamente desde 1921. Dicha antología se tituló *La mujer y la libertad* y apareció adjunta a la revista CENIT⁵. En época reciente, Biblioteca El Cerro (Montevideo, Uruguay), publicó la antología “María Álvarez. Una mujer insurgente” (2013), con artículos de los mismos periódicos. En el caso de la presente antología, se sumó a las fuentes el periódico *La Antorcha*. Por ello, hemos incluido hacia el final una lemnbranza firmada por “H.C.B.” y publicada el 1° de mayo de 1925, es decir, unas cuantas semanas después del fallecimiento de María Álvarez a causa de una tuberculosis posiblemente heredada. Creemos que las iniciales corresponden a Herminia Catalina Brumana (1897-1954), pedagoga, escritora y periodista feminista y anarquista que, en dicha época, colaboraba en los medios anarquistas del cono sur.

Otros artículos de María Álvarez podrá encontrarlos en nuestra serie de libros “Libertarias” (Editorial Eleuterio, 4 vols., 2016-2019). De momento, los diez escritos reunidos en esta antología buscan rescatar y difundir el pensamiento de una joven anarquista, en cuyos afectos y saber intelectual aún pervive la inquietud de la mirada crítica, la duda y la esperanza de torcer la realidad para encaminarse a los inhóspitos y extensos rumbos de la libertad.

3. Disponible en: *Desde el espiral*. Antología de mujeres libertarias (Santiago de Chile : Editorial Eleuterio, 2019).

4. Eugenio Almada. “María Álvarez”. *La Antorcha*, año VI, n° 204 (Buenos Aires), 2 de abril de 1926.

5. *CENIT*, n° 203 (Toulouse, Francia), octubre-diciembre de 1972.

CONSIDERACIONES

A menudo se oyen protestas desgarradoras, manifestaciones de desaliento. La humanidad no avanza, aseguran, en su faz moral y afectiva. Nadie duda del progreso humano en los dominios materiales, como tampoco en el mundo del pensamiento. Donde estos espíritus inquietos, atormentados por la duda, no alcanzan a ver el lento, pero seguro progreso, es en el mundo de los afectos, en los dominios del sentimiento. Los sentimientos que animan a los hombres de hoy no difieren en nada de los que animaban a los hombres de épocas pretéritas. Sus mismos instintos feroces, sus ansias de dominación, su mismo egoísmo y brutalidad.

El fondo, los sentimientos, permanecen inalterables, lo que ha cambiado es la forma de manifestarse y el escenario en que se desarrollan.

Estas afirmaciones, del todo pesimistas, provienen de espíritus exquisitos, a quienes no escapa, por ser el choque demasiado brutal, el egoísmo torpe que arroja a los humanos a luchar entre sí por mezquinos intereses; luchas que a pesar de cubrirse a ratos con el manto de la tolerancia, no dejan por eso de ser menos indignas y dolorosas.

Mas... ¿tienen alguna razón estas aseveraciones?

Si comparamos los progresos materiales con los progresos morales, aquellos son tan magnos y el modo de poder apreciarlos

tan distinto, que no es extraño que al compararlos y seguir su desarrollo, el hecho espiritual quede oscurecido, oculto, merced, también, a las complicaciones y contradicciones que ofrece. De aquí, que a seres de extremada sensibilidad se les ocurra pensar que en el fondo, en su sentimentalidad, los seres no han cambiado.

No obstante, para convencerse de lo contrario, bastará a cualquiera seguir a través de las edades el paso de los hombres por el mundo. Y se convencerá de que los sentimientos e ideas que animan a los seres de hoy son bien distintos de los que animaban a los hombres de épocas anteriores. Llevará tal convencimiento a su espíritu el choque de sus sentimientos e ideas con los que adivina a través de los hechos de la historia. Esto por la misma razón que un espíritu delicado encuentra retrasada la mentalidad y sensibilidad de su época, porque su pensamiento tiene más alto vuelo, porque su sensibilidad es más fina y sus afectos más hondos. Ciertamente que, como dice Le Bon, los sentimientos son poco variables en su ciencia, lo que varía es el objeto a que se aplican, su intensidad y su extensión. Pero a medida que el tiempo transcurre vemos que los sentimientos favorecedores del desarrollo de la vida individual y social toman incremento a la par que aquellos que les son contrarios van disolviéndose, para sólo manifestarse como una normalidad.

La causa de que nuestro poder emotivo aparezca deprimido, se debe a las exigencias de la vida actual que reclama gran despliegue de actividad e inteligencia para sostenerse y que concede toda su importancia al progreso material. De la vida actual que exige habilidad y astucia más que sentimientos nobles y generosos. Claro que en esta lucha la vida del espíritu y, más que nada, la vida del corazón queda restringida. La bondad y rectitud del alma parecen estar en razón inversa al goce material de la vida. De aquí que la solidaridad, la generosidad y otros sentimientos que hacen del

hombre un ser hermano de los demás hombres, sean temidos y en lugar de desarrollarlos se busque adormecerlos.

Lo que impide a los sentimientos simpáticos manifestarse es nuestro modo de existencia basado en el cálculo y el egoísmo utilitario. Mas ellos se desarrollan a despecho de todo y en los momentos angustiosos, visitados por la duda, nos hacen notar su existencia azarosa, pero segura.

La vida es cada vez más compleja, el hombre se ve solicitado por mil fuerzas y deberes a la vez, que la confusión y el desconcierto se producen. Como siempre, triunfa lo que más de cerca toca sus intereses inmediatos, con detrimento de los intereses ideales. Mas su triunfo es momentáneo y no quiere significar que la sensibilidad se agote, ni permanezca encerrada en límites bárbaros incommovibles. Ella gana cada día en delicadeza y en profundidad.

Una prueba de ello nos la dan las protestas cada vez más acerbadas contra nuestro mundo basado en la injusticia y la iniquidad. Cada día que pasa el choque de nuestros sentimientos y deseos, con el mundo actual, se torna más violento, porque aquellos van haciéndose más claros e imperiosos. A pesar de los afanes diarios de la lucha por la vida, ese anhelo de paz y de armonía se hace más notado cada día. Y este mundo de libertad y armonía que va formándose lenta, silenciosa, pero seguramente, chocará con nuestro mundo de violencia y egoísmo. Esto ha de producirse necesariamente. De este choque ha de surgir el mundo nuevo, la humanidad libre del porvenir.

DE CULTURA

La cultura actual en materia de moral no va más allá de la moral prohibicionista. Es la negación de la vida, el empobrecimiento de la energía, la inercia de la voluntad, en encadenamiento de las pasiones fecundas.

Cuando el alma se abre a vida ansiosa de luchar y de expandirse, encuentra a su paso la inscripción terrible que dicta la cobardía y el temor: no más allá. Toda nuestra moral puede sintetizarse en esta palabra: No. Toda ella es la negación y cobardía. La última palabra de la sabiduría es ser prudente, mesurado, previsor. Toda actividad noble y desinteresada que pueda provocar lo desconocido es despreciada. Y la vida se venga de ello dando esos frutos enfermos que son los abúlicos, los hastiados, los cínicos. Falta valor para rebelarse contra esta vida negativa. Se la sabe mala y no obstante, el ser en secreta rebelión, calla.

En la abulia de voluntad, en el silencio obligatorio, el ser moral se degrada u surge así la caravana eterna de los resignados, de los pasivos, de los que ya no pueden querer. Quizá existe un fondo de bondad y energía capaz de salvar, mas es preciso descubrirlo. Y esto no se logra prohibiendo, sino dejando o provocando la libre expansión de todas las facultades nobles o no del individuo.

En realidad, inmoral es lo que calla y se oculta. La inmoralidad es la cobardía.

La moral enseñada en los centros de cultura oficial no pasa de ser la moral de la obediencia y el apocamiento.

Allí aprende el niño a no prodigarse, a ser obediente y previsor. Allí aprende hábitos de esclavo y usurero. Toda la moral que allí se enseña está impregnada de amor y veneración por la patria y el ejército. Toda ella dice de obediencia al padre, al maestro, al amo, a la ley.

Nada que exalte, nada que entusiasme, nada que arrebate y despierte la aspiración de lo bello y de lo grande. Allí le pondrán en contacto con el héroe feroz y sanguinario que destruye ciudades y devasta campiñas. Pero de esos otros héroes en cuyas vidas se lee el amor al trabajo, a la ciencia y a la humanidad; de esas vidas que son un exponente conmovedor de sacrificio y energía, de esas, no sabrá nada. Al abandonar las aulas sabrá quienes fueron Carlomagno o Napoleón, pero quizá muy pocos niños, tal vez ninguno, conozca la admirable historia de Bernard Palissy, por no citar otras, que es toda una soberbia lección de perseverancia, de energía y de amor a la verdad. Sin embargo, el contacto de estas vidas gigantes, engrandece; es uno de los medios eficaces de educar y elevar el espíritu.

Mas esto no interesa a la escuela oficial. En ella se forma el ciudadano, jamás el hombre. La grandeza de alma de esos seres sublimes, no le interesa. Su gloria no fue amasada con la sangre de sus semejantes; fue forjada en el silencio y la inquietud con paciencia, amor y sacrificio. Sus vidas son fuentes de energía y valor moral. Son afirmación. A su contacto el alma se siente reconfortada y rejuvenecida. Leyendo sus vidas heroicas se siente la grandeza del ser humano, lo magnífico de su destino.

Es admirable la influencia que los relatos de vidas hermosas ejercen sobre las almas sencillas. Recuerdo que una buena mujer del pueblo decía después de haber leído el bello libro de Urales:

“¡Qué felicidad para una madre tener un hijo como Floreal! Si mi chiquitín se le pareciese”... Su alma sencilla había sentido la belleza de aquella vida íntegra y hermosa o inmediatamente nació en ella la aspiración de que su hijo se le asemejase.

Existe una aspiración eterna, insaciable de bondad y belleza. Buscamos siempre con qué llenarla y la visión de esas vidas traen al espíritu sediento algo de sus inquietudes. De sus luchas, de sus afanes y también de sus grandezas.

Siempre preferimos en las manifestaciones espontáneas, cuando los intereses callan, lo bueno y lo bello, a lo malo y lo feo. El hombre quiere siempre ir más allá; tiene la intuición del bien, que es la suprema armonía y la suprema belleza, pero hay obstinación en cerrarle todas las puertas que puedan conducirle a él. Mas el alma humana es insaciable. Busca, se afana, se orienta. Prender en ella una chispa, indicarle una fuente donde pueda saciar su ansia, es obra buena y es obra hermosa. Esto es mucho más bueno y benéfico que prohibir y negar. La vida dice al hombre: adelante, yo soy afirmación y lucha. Mientras que la moral reinante le detiene a cada paso y aconseja: no avances, obedece y calla.

DE LA VIDA

Existe un plano de nuestra vida, el más rico en manifestaciones bellas y buenas, que ha permanecido descuidado como algo inútil: el de la emoción. Estamos enfermos de intelectualismo. Nuestra sensibilidad oprimida resurge como una aberración o una locura. Nos sentimos presos por cadenas invisibles, contra las que constantemente luchamos sin destruirlas jamás. Siglos hace que la cruzada contra el monstruo que nos oprime, la autoridad, se ha iniciado, sin que logre abatirla.

El formidable movimiento de reacción contra el espíritu medieval no ha dado los resultados plenos que con él se perseguían. Ha logrado aniquilar el supernaturalismo, el misticismo, mas ha dejado en pie la autoridad. Quiso ser humano, integral, y no llegó a serlo, porque al atacar la fe y la sensibilidad ciega de los sores olvidó desarrollar en ellos una emotividad superior. La razón y la experiencia bastan para destruir y aniquilar el error. Bastan para poner de acuerdo las inteligencias, pero no las voluntades y los corazones. Han enriquecido el caudal enorme del conocimiento, mas no han enriquecido la vida. Hora es ya de comprender esto. Y de reaccionar.

No basta la ciencia, para dignificar la vida. Es necesario el amor. El amor que lleva a los seres a una comunión perfecta. El amor que advierte a cada uno que su vida no es más que una vibración, un latido de la vida universal.

La razón y la experiencia que han librado nuestra sensibilidad de los terrores del supernaturalismo, no deben servirnos para aniquilarla y sí, para elevarla. La vida es algo más que razón y experiencia. Es emoción, es lirismo y es locura también.

La unilateralidad en el desenvolvimiento de nuestra vida es la que le ha impreso el sello de monotonía que la distingue. Nuestras mismas luchas carecen de esa épica grandeza que caracteriza a otras épocas, trágicas y sombrías, pero heroicas. Carecemos de una gran fe, un gran entusiasmo, lo que sea, capaz de sacarnos de este vivir odioso. Todo se reduce a una cuestión guarismos. ¡Ah! No es, no debe ser una cuestión económica la que agite al mundo. No se buscan, solamente, que todos tengan pan y abrigo. Más grandes que la miseria de los cuerpos es la miseria de los corazones. No se trata de organizar la vida de este modo o del otro, para asegurar a todos el pan. Eso nos llevaría a una chatura igual a la que hoy padecemos. Se trata de que cada cual viva su vida, la suya, no la tuya o la mía. Su vida libre e intensa, sin trabas. Y si esto es locura, no importa. Seamos locos aunque sea un minuto: y habremos vivido y vivido en la verdad. En la verdad. En la verdad que es la vida plena, no regida por cánones de ninguna especie. Locos han sido llamados todos lo que, allí donde los demás no vieran sino tinieblas, vislumbraron la verdad nueva, bella y radiosa. Locos, sí, pero locos sublimes. Y cuando frente al general concepto de que la vida es prudencia y cálculo, de que sólo hay que hablar o moverse cuando se está seguro de no perder, surge un Palissy o un Wilkens que proclaman con sus vidas que ésta es audacia, energía y amor, nos sentimos poseídos de una satisfacción inmensa. Son la prueba, la afirmación, de que el amor, el desinterés, la generosidad, existen. La vida parece desprenderse de su vaciedad habitual, para hacerse más bella y más humana. Se siente una sensación de plenitud y elevación. Es

la alegría de la certidumbre, la intensa satisfacción de la verdad sentida.

La humanidad en el correr del tiempo les proclama héroes, les proclama mártires. Y los tendrá, mientras los excelsos valores de la sensibilidad tengan que manifestarse en una explosión de locura y violencia. Mientras que la vida no sea una floración magnífica de belleza y amor. Entre tanto serán lo heroico y sublime. Lo que asusta y asombra. Lo monstruoso para los corazones endurecidos en el trajinar diario.

¿Vida? ¿Amor? Nada sabemos: vegetamos. ¿A qué temer y ser cobardes? ¿Qué sella nuestros labios y detiene nuestro paso? ¿Qué vida es ésta eternamente limitada por un horizonte sin luz? Mejor que esto es la nada o el eterno silencio de las tumbas. Y no podemos dar un paso, los prejuicios nos detienen.

Seguid vosotros, artífices silenciosos, que no habéis divorciado la vida del amor, no habéis hecho de aquella una odiosa lucha, seguid forjando mundos y más mundos. Podéis hacerlo. Tenéis el amor y tenéis la ciencia. Sois ricos, ricos de ideas y emociones. Nosotros somos pobres. Pobres y miserables si vivimos en una choza, pobres y miserables si habitamos un palacio. Tenemos un corazón seco y un cerebro momificado: un caudal inmenso de razones vulgares y unos fragmentos de ciencias. Total, nada útil, para enriquecer la vida. Ni siquiera la locura del insaciable que busca, sin saber qué, ni dónde.

Soñad vosotros que habéis podido salvaros en este general naufragio. Nosotros, no.

EL INDIVIDUO

¿Qué es un individuo? Nosotros lo entendemos consciente, vigoroso, moral y físicamente, hermoso de indignación al revolverse contra la injusticia social y capaz de realizar una revolución con la amplitud necesaria para malograr las fuerzas nefastas del pasado.

El hombre tal como lo han hecho la Iglesia y el Estado ¿Es capaz de amar y de vivir noble e intensamente en el porvenir? ¿Es capaz de esto el individuo que tiene bajo la caja craneana malos impulsos debidos a una educación ancestral que alberga en ella pensamientos tan pronto tenebrosos como radiantes?

El hombre actual es un organismo atrofiado, mutilado monstruosamente; pero es seguro que trabajando con inteligencia sobre su valor actual se conseguirá mejorarle.

Redimir, purificar y libertar al hombre, esta obra es posible, y no solo posible sino que es altamente humana y progresiva; arrancándole al egoísmo falto de inteligencia que le tiene preso en sus finas redes, para entregarle íntegro al deber, al altruismo, a la libertad, esta transformación nosotros la creemos realizable en toda su amplitud.

Mas ¿Cuándo innumerables siglos de tinieblas intelectuales, de entorpecimiento sistemático, de turbulencias y de incomparable abandono en la educación de los sentimientos morales, han corrompido la especie humana, podemos prever cuando se realizará

su saludable renacimiento? Imposible, pero si podemos afirmar que se realizará con intensidad admirable.

En las regiones elevadas donde flota la nave gubernamental, la imbecilidad reina, la ambición se ceba, la crueldad es cultivada con sumo refinamiento.

En las clases asalariadas la indiferencia es casi una virtud, la incuria se produce, por así decirlo, orgánicamente. A la bestia la labor no le pesa.

Entregado el individuo a la labor sin tregua y sin fin en los talleres y fábricas, abrazado por los ácidos, asfixiado por el grisú, envuelto en un maremágnum de máquinas y correas, agitado con frenesí por las voces de jefes y marchantes, es un juguete de la industria y el comercio.

Sin embargo, este rol absurdo parece satisfacerle. Si no ¿Cómo explicar sus silencio, su cobarde resignación? La ignorancia esa es la causa de su silencio y marasmo. Por ella el individuo no puede decirse que sea el mismo. Su cabeza está vacía, sus circunvoluciones cerebrales están atrofiadas, dándole justamente la percepción incompleta de sus instintos.

Va y viene por el escenario de la vida al azar; vive arrastrando un pesado fardo de errores que guarda como preciosa reliquia: se abate, no importa porque causa; obedece ya a este, ya a aquel otro sin preguntarse si está bien el hacerlo así o del otro modo.

Privado de toda certidumbre, desgraciado como una bestia de carga, maltratado por uno, masacrado por otro, despreciado por un tercero, su vida es un calvario.

El analizador altruista, de claro entendimiento, de puro corazón, se pondrá a exclamar: «¿El hombre, ese compuesto de soda, de cal, de carbón, de fósforo, el individuo, ese producto de la evolución terrestre, cuando, pues, podrá ser feliz, donde como espermatozoide de ciego será lanzado?»

EL PUEBLO

Pensar que es pernicioso desarrollar en el pueblo la seguridad de que existen en él bondad y capacidad necesarias para elevarse hasta un ideal de justicia y libertad, y energías suficientes para realizarlo en pensamiento y en acción, nos parece un error. La idea de que el pueblo es una bestia que ha menester toda su vida de amos que le guíen, ya no nos viene solamente de las alturas, sino que ha invadido o trata de invadir, aunque en forma velada, la conciencia misma del obrero. Y sólo desarrollando en él la conciencia de su propio valor y fuerza, se podrán evitar los peligros que hoy le acechan.

Las tendencias autoritarias con sus aspiraciones a la dictadura y disciplina, tratan de ganarle. Comunistas, anarco-dictadores e industrialistas, con su afán de someter, disciplinar y sistematizarlo todo, niegan implícitamente el valor del pueblo para crear una vida libre y armónica, para realizar una vida sin amos. Aunque no lo manifiesten abiertamente, consideran al pueblo apto sólo para producir y obedecer. Lo demás son cuestiones que corresponden a los seres superiores, no al pueblo torpe y grosero, que nada sabe de las bellezas de la vida y el arte. Lo malo es que esa superioridad no es a menudo otra cosa que humo y vanidad. La torpeza y brutalidad del pueblo es el resultado lógico de una vida desarrollada en ausencia de toda visión superior y de todo impulso ideal. Pero su sencillez hace de él un campo fértil donde la buena siembra no

hallará los obstáculos que oponen la vanidad y la pedantería. Su grosería está más en la apariencia que en el fondo. A menudo una palabra dura o un gesto airado ocultan la bondad y la ternura que quieren desbordarse.

Es preciso no observar al pueblo y juzgarle solamente por sus manifestaciones allí en la agitación misma de la lucha desesperada por el pan, cuando el dolor y la fatiga aumentan, y ahogan los nobles sentimientos. Es preciso observarle en los momentos de mayor lucidez, en los momentos de reflexión, cuando las almas se abren a la confianza y a la simpatía. Y entonces veréis que el pueblo, o, mejor dicho, el hombre del pueblo, no es una bestia. Es un ser sensible e inteligente. Su sensibilidad podrá hallarse embotada y su inteligencia atrofiada, no por eso llega a ser bestia. Cierto que no podemos decir que el pueblo es bueno, ni que es malo. Las cuestiones que aquí se plantean son éstas: ¿Cómo se llega a despertar en el pueblo ese fondo de bondad y simpatía que en él existe? ¿Cómo se consigue intensificar en él las tendencias sociables hasta conseguir su predominio sobre las contrarias?

Siempre nos ha parecido mal sistema, condenado a no obtener resultados satisfactorios, aquél que para redimir se sirve del desprecio. El pueblo es carne de dolor y el dolor es fecundo. Mas hay que saber sembrar en él. Si sembráis desprecio, el desprecio que humilla y rebaja, nacerán el recelo y el odio. Si sembráis bondad, germinarán la simpatía y la confianza que son las condiciones de toda comprensión. Y aun persiguiendo con ambas siembras el mismo fin, guiados por iguales anhelos, los resultados serán distintos. El amor y la simpatía son cumbre; el odio es abismo. El amor es vida; el odio impotencia.

No es extraño este resultado si tenemos en cuenta que en el pueblo predominan la sensibilidad sobre la inteligencia, dormida en la molicie. De aquí su semejanza con el niño, ser esencialmente

sensible; semejanza que a cada paso notamos sin que nos resulte absurda ni odiosa. Al niño no se llega jamás humillándole; sólo se llega a él por la bondad. Al pueblo lo mismo. Hay que ir a él. Y para eso hay que poseer una superior capacidad para comprender y simpatizar. Simpatizar para comprender y comprender para descubrir y explicar.

El descontento, la inquietud y el anhelo, condiciones necesarias a la actividad creadora, existen en el pueblo. Ellas pueden hacerle derivar, hasta la taberna, la mesa de juego y hasta hacia el crimen; pero si encuentra quien le muestre, en las tinieblas de su ignorancia, otra actividad más noble, pueden elevarle hasta el ideal, hasta la conciencia del valor de la criatura humana. Y la creación que hoy por hoy nos interesa es esa: la formación de una nueva conciencia en el pueblo que le lleve a la concepción de un ideal de justicia y libertad. Sembremos en él condiciones de bondad e inteligencia que, bajo la acción de nobles estímulos, le permitan realizarlo.

El pueblo que ha creído siempre en los otros, es preciso que crea al fin en su capacidad para la vida libre. El pueblo que ha esperado su bien y su felicidad de los demás, es preciso que las confíe solamente a sus fuerzas. Y esto es hoy más imperioso que nunca, hoy que comunistas, anarco-dictadores o industrialistas le niegan capacidad para realizar una vida sin amos.

APASIONAMIENTO FEMENINO

Las mujeres en lucha por su libertad tienen contra ellas enemigos obstinados y poderosos (entre los que se encuentran muchas mujeres, aunque nos resulte muy penoso tener que decirlo); pero uno de los mayores enemigos de su libertad, lo constituye su orgullo y apasionamiento, que exime de su radio de actividad intelectual la crítica serena y reflexiva cuando se trata de someter a un juicio las acciones de sus compañeras.

De este modo siguen muchas veces los caminos trazados por algunas, sin reflexionar lo bastante, sin percatarse si la libertad que alcanzarán al final de ellos será real o eventual. Obrando así no es extraño que esfuerzos que hubieran podido ser fecundos, con los que se esperan obtener primorosos frutos de libertad, se vean malogrados o se traduzcan en tiranía y subordinación. Además obrar así es matar sistemáticamente toda iniciativa propia.

Las mujeres comprenden perfectamente que su situación en la sociedad las ha colocado siempre en un plano bien marcado de inferioridad respecto al hombre; que se las desconoce como fuerzas activas del progreso. Ellas saben que su rol ha sido siempre pasivo, de subordinación.

Su orgullo y dignidad no han podido menos que sublevarse al comprenderlo así, heridas en lo más íntimo de su ser, en su sorda cólera, se manifiestan dispuestas de colmar de frenéticos aplausos a

aquellas mujeres que más altivas, más libres, más dueñas de su vida que ellas, han hecho lo que la rutina conceptúalas anti femenino.

Siéntese siempre dispuestas a aplaudirlas, más no siempre a pensar si lo que ellas han hecho está siempre reñido con la lógica y el buen sentido; si las consecuencias de esta determinación, si este acto o táctica de lucha no retardaría la realización del idealismo perseguido por ellas y considerado como punto básico de su felicidad.

Con seguir e imitar lo que otros hacen no se consigue mejoramiento, ni libertad.

Si las mujeres aspiran a ser libres, si tienen la noble ambición de superarse, de sacudir toda odiosa tutela, deben empezar por sindicarse en el campo de la lucha por la fuerza de su originalidad, por la posesión de un espíritu analítico y observador, por el desasosonamiento de la crítica.

Lo que se considere en el hombre brutal, engendrador de odios destructor, inestético, no han de imitarlo las mujeres por el afán de demostrar que son capaces de igualarles.

Esta imitación servil es la destrucción de su idealismo; la desvalorización de su obra; es malograr todo esfuerzo; porque toda obra que tenga por base la imitación, en la que falte una constante energía dirigida con inteligencia, parece indefectiblemente.

Ese defecto está bastante propagado entre las mujeres, sobre todo entre las jóvenes por lo general de imaginación más exaltada, que, cuando no son refractarias por completo, enemigas del feminismo, se dejan dirigir fácilmente por impresiones más o menos sugestivas que deslumbran sus mentes poco ejercitadas en la reflexión.

Un ejemplo de esto lo tenemos en la política, que no obstante haber demostrado en tantos años que se ha empleado como arma en la lucha, su valor nulo para alcanzar conquistas libertarias, ellas lo consideran como la más alta cumbre de su aspiración, salvo muy honrosas excepciones.

Otro ejemplo muy elocuente de este defecto que hago notar, y que puede ser de efectos perniciosos para la causa de la mujer, si estas no ponen todo su empeño en anularle, es el gran entusiasmo que he notado entre algunas jóvenes al tener conocimiento de los triunfos obtenidos por las mujeres francesas como deportistas. Lo que es un síntoma muy poco halagador; pues esos ejercicios, esos trabajos son restos de la barbarie primitiva, que solo sirven para engendrar odios y despertar instintos bestiales.

Es muy triste ver a la mujer moderna entusiasmada por ellos. No creo que con ello la mujer haya avanzado, sino que por el contrario haya retrocedido.

Sin embargo hay mujeres que consideran este triunfo como uno de los más grandes del feminismo.

EL VOTO FEMENINO

Este es el problema de cuya solución inmediata esperan las mujeres la mayor suma de felicidad y la realización de todos sus anhelos. Estando en posesión de este precioso derecho, creer, que su situación en la sociedad cambiará radicalmente.

Este cambio operado traería como consecuencia la intervención de la mujer en la vida pública. Se modificarían las leyes dándoles una forma de concordancia con los nuevos progresos alcanzados. Como las mujeres tomarían parte en ello, estas leyes tenderían a favorecer a la mujer y al niño, que son los colocados en peores condiciones en nuestra sociedad.

Esto es verdad hasta cierto punto, pero mirándolo exento de todo apasionamiento en esto de felicidad y bienestar, los hombres no llevan gran ventaja a sus compañeras.

Las libertades que goza el hombre, la mujer puede alcanzarles con su esfuerzo, sin tener que esperar a que una ley lo autorice para ello. La libertad no se posee porque haya leyes que declaren libres y otorguen el derecho de elegirse un amo, sino que es la resultante de múltiples fuerzas puestas en actividad.

La libertad, la justicia y la igualdad, no son tan fáciles de alcanzar como parece a espíritus superficiales y fútiles. Es un problema algo más complejo de lo que a simple vista parece, y no se soluciona por medio de leyes, sino con el esfuerzo realizado inteligentemente

por cada individuo en el transcurso de toda su existencia.

Si las mujeres adquieren el derecho de votar o sea el derecho de darse un amo, no por eso serán más felices, ni beneficiarán en nada su situación, y la de la familia. La mentira política podrá seducir y convencer a las tontas que a pesar de tantos desengaños no han perdido la fe en todos los gobiernos y en todas las leyes, a las demás, no.

Algunas mujeres creen que toda su infelicidad y esclavitud proviene de que las leyes son hechas por los hombres. ¿A quiénes culparan estos de sus penas? ¿Son ellos más felices porque las leyes sean hechas por hombres? No; pues las leyes no son hechas teniendo en cuenta el interés de un sexo o de otro, sino, más bien con un criterio de clase. Estas leyes pesan con igual rigor sobre las espaldas del hombre como las de la mujer.

Los hombres antes como las mujeres hoy, creyeron que el derecho de votar adquirido después de tantos afanes, les daría la libertad; creyeron en *la soberanía del pueblo*. Pero tuvieron que convencerse que todo eso no es más que una mentira, un ardid de sus enemigos para perpetuar sus privilegios.

¿SI los hombres no han alcanzado más que esclavitud por medio del voto, piensan obtener más las mujeres? Vana Ilusión. Las mujeres deben abandonar la ilusión de la política que solo sirve para retardar su emancipación.

La lucha que existe en el mundo no es la lucha de la mujer frente al hombre para conquistar su libertad. Esa lucha no existe, no puede, ni debe existir. La lucha que se ha entablado en el mundo y hoy se Intensifica, es la lucha de la verdad contra la mentira, de la libertad contra la tiranía, de la justicia contra la inequidad, es la lucha de los libertarios contra los tiranos.

En ambos campos de lucha hay sitio para la mujer, cuyos Intereses son análogos a los de los hombres.

Aquellos que defienden su libertad o los que defienden sus mezquinos Intereses, no defienden solo los suyos, sino también los de sus compañeras y los de sus hijos.

El lugar de las mujeres que se sienten esclavas y que anhelan libertad y justicia está al lado de los que luchan por conquistarla.

El feminismo parlamentario que busca con el voto hacerlo todo, hay que dejarlo para aquellas que asqueadas de los placeres mundanos y la holganza, buscan en la política una manera de alcanzar nombre y representación en la sociedad. Bien está esto para ellas que toman esa lucha como distracción; para ellas que solo conocen de la vida el lado bueno, frívolo y vacío.

Que continúen ellas empleando tácticas añejas en la lucha, que ya han sido abandonadas por los hombres como Ineficaces. Pero ¿las hijas del pueblo que harán con votar? Nada.

Dejad la política para ellas, no para las mujeres amantes verdaderas de la libertad.

LA MUJER Y LA POLÍTICA

Todos nuestros esfuerzos deben tender hacia el conocimiento de nuestras ideas, para adquirir así firmeza en ellas.

El error es el término de toda acción cuando no se tiene una fuerte convicción que oriente, cuando no es bien clara la visión de lo que se anhela, de lo que se siente hervir en las venas, bullir en el cerebro y agitar en el espíritu como furioso vendaval las aguas del océano; cuando se siente una inquietud suprema sin percatarse de donde proviene y cuales son sus causas, cuando no se sabe lo que significa el *más allá* que nos atrae y que con pálidos resplandores del alba percibimos ya.

Cuando el espíritu así se agita iluminado por los primeros rayos de la libertad, tiene el entusiasmo irreflexivo de los que se inician, de los neófitos. Es también cuando más fácilmente se cae en las finísimas redes que con frecuencia se forman alrededor de las almas cándidas y entusiastas. Entonces sus acciones no son las hijas de una serenidad razonable, sino que las determinan las circunstancias, las regulan sus sentimientos.

Esto es lo que pasa actualmente con las mujeres en lucha por la emancipación. Nuevas en la lucha por la libertad, siguen en pos de ella fanatizadas, deslumbradas por una visión demasiado brillante, siguiendo en su ingenuo entusiasmo caminos por los cuales no han de alcanzar jamás.

Merced a su gran impresionabilidad, se dejan seducir por impresiones momentáneas y la libertad se les presenta con seductores mirajes de fácil alcance.

La obtención de los derechos políticos, esa es la gran manía actual de casi la totalidad de las mujeres del mundo, que luchan por conquistar la libertad de la mujer y redimirla.

Es lastimoso ver mujeres de gran capacidad intelectual perder sus energías en pos de una libertad ilusoria, como es lo que conseguirán con la política, sin detenerse a pensar que por medio de ella no cambiará su situación social.

Esto nos demuestra lo poco que las mujeres se han preocupado hasta el presente del difícil problema de su reivindicación; o bien, que buscan la satisfacción de su vanidad a costa del menor esfuerzo.

Aparecer como que se es libre y no ser, no es el ideal de la mujer consciente. Pues, libertad ficticia es la que alcanzará por la política. La que desee ser libre en realidad debe buscarla por otro camino, que será más difícil, porque tendrá que luchar contra sí misma y contra el ambiente, pero esa libertad no será efímera ni ficticia.

La verdadera mujer consciente quiere que siendo como es un ser humano, nada de lo que con la humanidad se relacione le sea indiferente; quiere capacitarse para ser una madre consciente; quiere que la mujer sea sincera, que ante una manifestación de dolor no caigan de sus ojos las lágrimas, por hipócrita sentimentalismo, sino que broten puras de su corazón.

Nada de esto dará la política a la mujer.

Basta que una mujer tenga buen sentido para que se percate que por ese camino no conseguirá nada. Los hechos mismos se lo demuestran, los hombres votan. ¿Han mejorado por medio de la política su situación? ¿Cada paso que han dado hacia delante no le ha costado miles de víctimas, ríos de sangre? ¿No ha sido el gobierno el sostenedor de todos sus privilegios? Si no sirve más

que para poner trabas a la libertad ¿Para qué mantenerlo en pié?

Es necesario convencerse de una vez que el hombre no necesita que piensen por él y le gobiernen; pues él sabe hacerlo por sí solo.

¿Sabiendo esto van las mujeres todavía a perder sus energías por conquistar algo inútil, que ha demostrado hasta la saciedad su ineficiencia?

La mujer que lucha por conquistar un puesto en la esfera de acción intelectual del mundo, empezará de este modo por anular en ella la facultad que ha de permitirle alcanzar ese puesto, que justamente ambiciona: la facultad de pensar.

Porque a eso conduce la política, a la anulación de toda iniciativa individual.

LA PROPAGANDA DENTRO DEL PUEBLO

Se acentúan las tendencias a abandonar la idea, predominante en estos últimos tiempos, de que las formas de vida de futuro deben ser planeadas, delineadas, sistematizadas. Se piensa al fin que el infinito que es la vida no puede ser atrapado, circunscripto en un sistema. La idea de que frente al pueblo hay que ser claros, precisos, esquemáticos, nos lleva, a menudo, a considerar las cosas en un aspecto de extrema simplicidad que jamás podrán revestir, so pena de transformar al individuo en un autómatas.

La manera esquemática, de líneas precisas y de expresión fría, para presentar las ideas y los hechos, los priva de cierto grado de belleza y de vivacidad necesarios para que trabajen la conciencia de los individuos, se encarnen y se propaguen.

¿Se piensa, acaso, que el pueblo, grosero y rústico, no alcanzará la belleza y la bondad de un ideal? No obstante, el pueblo es el que mejor y más fácilmente puede alcanzarlo, sino en su ciencia, en su contenido de amor, en su fondo eterno. El pueblo es un niño, un niño soñador y poeta, que sufre y sueña, más que comprende y piensa. ¡Sufre y sueña! ¿Comprendéis? El sueño y la esperanza salvan al desgraciado. Por eso el pueblo lucha y se afana, a pesar de ser su existencia tan penosa. Le mantiene en la brega la visión de un sueño, que podrá ser vago e informe, pero que siempre existe y le alienta a todo lo que sea bondad y sencillez. A una idea nueva,

desconocida, podrá acogerla con desconfianza y recelo. Mas, ¿cómo ha de ser de otra manera?

¡Le han engañado tanto y tantas veces! El pueblo es el eterno descontento y el eterno engañado.

Pero hacedle comprender la bondad de un ideal, buscad su alma y veréis los tesoros de ternura y de ensueño, dormidos en espera de la voz que ha de despertarlos, que hay en esa masa tan despreciada y envilecida. Mostradle la belleza que es bondad y amor, la que se percibe en una visión interna, y si su razón no alcanza, su corazón, fuente de las vidas humildes, adivinará. No importa que no pueda comprenderla. El resultado será óptimo si se ha logrado que la sienta, si se ha convertido para él en el objeto de amor; el amor hace milagros y la transformará en evidencia. La comprensión vendrá después.

Mostrar al pueblo la vida en toda su esplendente belleza, hacerle sospechar los infinitos tesoros de paz y de armonía que hay en el fondo del alma y de la naturaleza humana; hacerle comprender que hay otra vida más buena y fecunda; vida que solo aguarda para realizarse, ser deseo en el alma, idea en la mente y esfuerzo en la acción: esta es la obra que se impone.

Mas hay que abandonar la idea de darlo todo hecho. Esto paraliza y detiene. La educación más eficaz y provechosa es aquella que sugiere, que provoca, que consigue que la mente humana se esfuerce por alcanzar, por dar formas a una idea o a un sueño. Es aquella que logra mantener activa la inteligencia y la imaginación. Es aquella que despierta y levanta; la que dice busca, afánate, trabaja. No realiza jamás su verdadera función la que traza límites, sistematiza y circunscribe.

Hay un afán siempre nuevo por buscar una realidad fuera de nosotros, por crear un mundo que ofrecer al anhelo y a la ambición de todos. Nada más absurdo que esto. Solo es realidad para un ser

lo que él vive, lo que bulle en su mente, lo que agita su alma. A través de sus ideas y sus sentimientos ve la vida.

La única realidad pensante, activa, es el individuo y lo único capaz de crear es la mente y la voluntad humana. Despertar en el pueblo ideas elevadas y sentimientos generosos, esa es la principal obra que hay que realizar. Abrir su alma a un mundo de armonías y de paz. Mundo que vive en la conciencia y en ella se transforma y agiganta. Solo lo que en ella vive es capaz de plasmar en realidades hermosas. Mundo que tendrá para cada ser facultades predominantes; mundo de acción, pensamiento o emoción, pero siempre bello, siempre fecundo, como lo es todo lo que vive y se afana por conquistar.

NUESTRA MISIÓN

La cobardía, el egoísmo y la vanidad son las características que dominan en nuestra época. Dirigid a todos lados la vista. Buscad, observad, interrogad. Y el resultado será siempre el mismo, en los ricos, en los pobres, en los sabios y en los ignorantes. En todos ese innoble y desbordado deseo de mandar y de empequeñecer a los demás para elevarse. En todos el mismo egoísmo torpe y cobarde. Egoísmo que se avergüenza de sí mismo, egoísmo cobarde que se disfraza de amor, y por lo tanto corruptor, malsano y envenenador de la vida. No es el egoísmo saludable, como toda verdad, que se presenta orgulloso de sí mismo, al desnudo, sin ropajes hipócritas, sino el otro, el que tiene miedo, el que se oculta y se acerca cautelosamente como el áspid venenoso para herir.

Todo es objeto de comercio: la amistad, el amor, la verdad, la vida. A la descarada autoridad de los unos, responde la servil indiferencia de los otros, su acatamiento pasivo. Desconfiamos de todo, no tenemos fe en la bondad ni en la rectitud de nadie. Detrás de cada acción, o toda idea buscamos un interés bastardo o una intención perversa. Vivimos encerrados en nuestro propio ser. Nos encontramos a cada paso sin conocernos jamás, encasillado cada uno en su suficiencia, separados por un abismo de indiferencias e incomprensión. Y a pesar de esta vida hermética, el determinismo se cumple, el radio de influencia de cada uno aumenta en

el transcurso del tiempo, y es influencia perniciosa, es indiferencia y desconfianza que damos y recibimos.

Vanidosos, escépticos y egoístas, tales son los hombres de hoy. Lo mismo serán los hombres de mañana, nuestros niños de hoy, si se educan en los mismos moldes en que nosotros fuimos educados. Pero no, no hemos de permitirlo. Hay que reaccionar a tiempo. Si nuestra vida es estrecha y ruin, la suya no debe serlo.

Todas las conquistas hechas que no han servido a mejorar nuestras vidas, no hemos sabido aprovecharlas, han de servir para elevar la suya.

En efecto, todos los progresos realizados en los dominios de la ciencia, no han impedido que la visión general de la vida, sea pobre y vulgar. Y es que el hombre en su constante lucha por conquistarlo y descubrirlo todo, se ha olvidado que «el verdadero progreso humano, es progreso de vida y no simplemente de conocimiento. Vivir la verdad es mejor que conocerla»

Nuestra vida es mala, hay que mejorarla. ¿Cómo? Superándonos en nuestros hijos. Sea nuestra más grande aspiración. Sea esa la obra de nuestro esfuerzo. Que nuestros bellos sueños de libertad y armonía se vean en ellos realizados. Que nuestros hijos sean más buenos, más felices, más grandes que nosotros. Para esto no alcanza alimentarlos y vestirlos. Hay que hacer algo más. Ellos son savia nueva y rica que debe ascender siempre. No le pongamos diques. Procuren sí, abrir nuevos senderos, descubrir hermosas perspectivas. Ellos alcanzarán la cumbre que nosotros vislumbramos en los sueños. Su misión es ir más allá. La nuestra es preparar y vigorizar las alas, de las cuales han de servirse para huir de nosotros en pos de mundos ignorados

Trabajemos para esto, y para que nuestras manos rudas no destruyan las tiernas vidas que son la esperanza. Trabajemos por ser cada día más puros. Trabajemos por ser dignos de colaborar en la

obra del porvenir. Nuestros hijos son el porvenir. No procuremos atarles a nuestros destinos miserables; ya sea buscando 'para ellos posiciones establecidas que los alejen de la lucha y el peligro'. O bien, haciéndoles víctima de nuestros convencionalismos. Nada de eso. Cuánto más lejos de nosotros mejor. Eso indicará que hemos cumplido bien nuestra misión, que no es retener, ni estancar sino impulsar.

MARÍA ÁLVAREZ. UNA MUJER INSURGENTE EN AMÉRICA.

HERMINIA BRUMANA

En el viejo cementerio de La Teja, frente al mar, la tarde del 25 de marzo, un numeroso grupo de obreros, arrancados por un común dolor al taller, al barrio y al suburbio distante, deposita al pie de la fosa abierta el féretro de toscas tablas. Aún, en la prolongada espera, se cava fuerte unos minutos, y luego se le descende en la hondura de unos metros. Nuevamente la tierra apelonada y barrosa, aún más ennegrecida por la lluvia que cae a ratos, es paleada mecánicamente y se oyen sus golpes secos al caer sobre la tosca tabla. Es sencillo e imponente el espectáculo. Un viento frío, de rachas que arquean el ala de los chambergos, azotan las amplias blusas y echan sobre los hombros el pañuelo anudado al cuello, silba en el cerro, curva en la costa y asciende en la playa hasta salvar las tapias del cementerio. La oscura multitud de trescientos hombres se abre poco a poco en pequeños grupos y emprenden el fatigoso camino del cerro, años, del Paso Molino y de la ciudad, otros. Nadie de entre ellos, obreros y propagandistas de una gran causa, intenta romper la muda expresión del dolor común, con la fácil e inútil palabra. Sólo la fuerza silenciosa de esta exteriorización habla por todos. El curioso detiene su andar y, hecho a un lado de la calle, espera el pasaje lento de estos grupos de obreros, y comprende. Una compañera, proletaria y propagandista como

ellos, queda allí bajo la tierra húmeda y barrosa, frente al mar y tras los muros del cementerio.

María Álvarez ha muerto como ha vivido: en silencio. Sólo “el silencio es el elemento en que se forman las cosas grandes, para que al fin puedan surgir, majestuosas y perfectas, a la luz de la vida, que han de dominar”, decía Mauricio Maeterlinck. Pero María —como comúnmente le llamaran los escasos compañeros que tratara o aquellos a quienes tamizaba con la dulce luz de sus escritos— ni aún pretendía para sí ese silencio estilizado a que se refiere tan honda y bellamente el escrito belga. Amaba el que significó su propia vida, que le hizo mujer e irguió como una suave lámpara, de claridad calurosa, a través del mundo agobiado y dolorido de los obreros, las mujeres y los niños, “los besos del silencio en la desgracia”. “En la desgracia — dice el mismo Maeterlinck— es principalmente cuando el silencio nos rodea, y no pudiéndosele olvidar, he aquí porqué los que le vieran más veces que los otros, son mejores que los otros”.

Ella, como esos callados obreros de sí mismos, supo sobre qué “mudas y profundas aguas reposa la fina corteza de la vida cotidiana”. Vivió en un vuelco de amor, renovado siempre. Llegados sus veintiún años el árbol fino, bello y delicado de su vida, cuando en los otros las savias jóvenes le renuevan de la verdadera juventud, la primer ráfaga otoñal desgajó sus fibras heridas y abatió con singular dulzura su vida entera. El 24 de marzo de 1925 María Álvarez fue perdida para siempre. Murió como había vivido, como la hemos presentido a través de su breve ascender en el mundo de las ideas revolucionarias: anarquista, con aquel doble valor de que, según Barret, creció Zola: Ser pobre. No sólo que lo fue, sino que ha sido por entero de los humildes. Por eso los obreros y los anarquistas de Montevideo, a su muerte, acompañaron compactos y sobrecogidos su cuerpo hasta el viejo cementerio de La Teja y nadie osó, sobre

su tosca tumba de pueblo, romper esa muda exteriorización con la verba fácil, quebradiza e inútil, ya que eso era lo innecesario para quienes, como María Álvarez, han surgido a la luz de la vida emocional y mental, a través de una elaboración silenciosa, que es el elemento en el cual se forman y toman relieve perdurable las cosas grandes, plenas de callado heroísmo y más caluroso fulgor.

Llegada cada oportunidad de entregar a los linotipos nuestro semanario, íbamos presurosos a la correspondencia, en busca del envío de María Álvarez. Unas veces le hallábamos, otras no. Cuando el preciado aporte mental llegaba a nosotros, ocupando el vacío experimentado en nuestras columnas, una alegría sin par renacía en todos, porque bien sabíamos que lo más tierno, la nota esencialmente humana de nuestras páginas huracanadas y de batalla, era lo escrito por su pluma. Ella era una alma hermana que subía hasta nosotros —desde las mismas napas turbulentas del pueblo— el agua límpida, clara y serena de sus pensamientos. Cuando, cansados y con un poco de fracaso en el alma, volvíamos a las diarias tareas, luego de cada incomprensión y artera jugada de los más, ella nos renacía en la ardorosa fe y la confianza, con sus escritos. Unas veces los iniciaba así como reportándonos una ansiada respuesta: “Educar, he aquí una misión bien difícil, bien ardua”. U otras: “El alma del propagador ha de ser bella, capaz por su belleza y su pureza de ganar las otras almas”. ¡Cómo barríamos, a la sazón, las torpezas, las sombras y las calumnias que bailoteaban en el derredor nuestro, cuando la buena María descendía a nuestra hosquedad su clara luz mental! Es que ella constituía lo más tierno, lo más renovado y puro de nuestros ideales militantes. Sus escritos no sólo iluminaban nuestras páginas; nos saturaban e iluminaban a nosotros mismos.

Mas no todas las veces María Álvarez podía venir hacia nosotros. Hago recuento de las cosas pasadas, y me veo cuatro o cinco años

atrás, cuando me apersonara, ya noche, luego de un largo trayecto desde el centro de la ciudad, a su casa pobre, para solicitarle la inicial colaboración en “La Antorcha”. Era menuda de cuerpo, en el vestir sencilla, pálido y de una grave y rara belleza, ahondado por un tinte de tristeza, su rostro. Años más tarde, vuelto a Montevideo, volví a ella. Nuevamente le insté a lo mismo: a que llenara su página en “La Antorcha”. Prometió hacerlo, en cuanto repusiera sus fuerzas. La mejoría no se hizo esperar, y con ella, sus bellos y tan personales escritos sobre educación, cultura y militancia en el semanario. Cuantas veces su débil físico, en un esfuerzo de vida, venciera y postergara el avance de su mal, era para todos, ella y nosotros, como una “nueva primavera” que nos donara sus flores y sus frutos en las carillas de siempre: de perfilada letra de estudiante, en comunes hojas de cuaderno escolar, llenas de menudos signos. ¡Qué de “nuevas primaveras” hemos anhelado nosotros al pie de las máquinas de componer! Unas veces se anunciaban, otras no. Y cuando lo hacían, estas páginas huracanadas y de batalla reverdecían de esa honda y tierna fuerza anarquista que ha perfilado en María Álvarez una de las figuras más altas de nuestro mundo revolucionario.

María Álvarez no nació a su insurgencia desde las aulas, aunque estudiara, sino al contacto de los suyos: desde su propio hogar, animado por fraternos hermanos revolucionarios, hasta el pueblo obrero que amó tanto.

Allí hizo su atisbo emocional y mental; aprendizaje doloroso e inclemente, propicio al descorazonamiento y el cansancio. Pero ese pueblo, que era su carne y su sangre, imprimió a su sensibilidad, las notas más altas, e imantó su conciencia hacia un sabio e inabandonable sentido de justicia y de amor. Su militancia, a la inversa de muchos y los más fáciles, no se levantó al contacto de las letras de molde de los periódicos, ni de las tribunas y el grito procaz de la calle; se acunó — porque la suya fue una militancia

única, toda ternura y bondad — junto a las mujeres y los niños, educándoles. Todo lo que supo, cuanto pudo extraer a la frialdad de los libres y la inclemencia de la vida, lo dio a los otros. ¡Cuántos hasta no robaran sus mismos pensamientos, escritos en el anónimo del artículo sin firma! Ella, posiblemente, no se irguiera en los mítines, como una Luisa, mas su manto espiritual de maestra de los obreros, estaba luminoso en aquel niño, en aquella madre. En la obra silenciosa, como una obrera de su vasta y suficiente humanidad. María Álvarez edificaba su mundo ¡su breve y físicamente débil mundo! Que donaba a los otros, a sus compañeros y los hombres del pueblo, de su “pueblo niño, grosero y rústico, soñador y poeta, que sufre y sueña, más que comprende y piensa”.

América jamás alumbró vida femenina más alta, y no acierta a comprender aún lo que pierde tan tempranamente. Mas no importa. “El sueño y la esperanza salvan al desgraciado”. Los proletarios de América se salvarán un día también, porque son numerosos, porque sufren y son desgraciados, y sabrán sorprender, en venturosos días, un alma toda amor, toda bondad y ternura, acunada en su propio seno y que sólo volcó su débil y breve existencia en hacer más luminoso, más justo y más vasto el porvenir revolucionario de estas tierras.

LOS ESCRITOS FUERON RECOPIADOS DE LAS SIGUIENTES FUENTES:

“Consideraciones” en *La Antorcha* (Buenos Aires), n°109, 7 Diciembre 1923.

“De cultura” en *La Antorcha* (Buenos Aires), n°113, 4 Enero 1924.

“De la vida” en *La Antorcha* (Buenos Aires), n°139, 11 Julio 1924.

“El individuo” en *El Hombre* (Montevideo), n°199, 21 Agosto 1920.

“El pueblo” en *La Antorcha* (Buenos Aires), n°114, 11 Enero 1924.

“Apasionamiento femenino” en *El Hombre* (Montevideo), n°205, 2 Octubre 1920.

“El voto femenino” en *El Hombre* (Montevideo), n°206, 9 Octubre 1920.

“La mujer y la política” en *El Hombre* (Montevideo) n°192, 5 Julio de 1920.

“La propaganda dentro del pueblo” en *La Antorcha* (Buenos Aires), n°108, 30 Noviembre 1923.

“Nuestra misión” en *Ahora* (Montevideo) n°2, Mayo 1924.

“María Álvarez. Una mujer insurgente en América” en *La Antorcha* (Buenos Aires), 158, 1 Mayo 1925.